Vivir Esperanzados

Del Limbo-Bailarín al entrenador en salto alto.

Conversión en el entendimiento de un consejero

Quien ya haya visto informes de viajes por el Caribe, de seguro que se le grabaron también las fotos de los Limbo-Bailarines. Aquí procuran bailarines hábiles pasar por debajo de una vara colocada en forma horizontal sin tocarla, al ritmo de India occidental. Lo que otrora era un baile ceremonial, una semana después del entierro de un pariente, se ha transformado en una diversión festiva mundialmente difundida. Cuanto más bajo está la vara, tanto más difícil es. El record mundial tiene la bailarina Marlene Simons con 16,5 cm – y eso desde 1987. Aun cuando yo estuviera acostado sobre el suelo no lo podría lograr, pues mi barriga ya tiene más altura. Investigadores lingüísticos suponen, que el nombre de este baile deriva de la palabra inglesa limber (= elástico, flexible).

Yo quiero utilizar la palabra Limbo-Bailarín más bien metafóricamente y hacer hincapié en una problemática, que año por año desata en muchas iglesias acentuadas disputas. Se trata de la pregunta entorno a la preparación para la primera comunión y para la confirmación, como también la pregunta sobre la autorización a recibir los sacramentos. Un cura párroco (y de seguro que no está solo con su expresión, pero tuvo la valentía de formularla en palabras) opinó en una oportunidad: “En el día de la primera comunión siempre me siento muy mal, pues sé perfectamente, que para muchos niños es solamente una escenificación religiosa.” “¿No fomentamos con esta forma de llevarlos a los sacramentos la hipocresía? “ ¿Qué significan en este contexto la misericordia y qué el rigorismo? ¿Cuándo es más sincero aconsejar al niño y a sus padres a prescindir de este teatro? Pues los sacramentos presuponen la fe del que los recibe – respectivamente, en el caso del bautismo la fe de su representante, los padres. ¿Y si no hubiere fe? ¿Si sólo es por los regalos de abuela? ¿No se debería entonces – en honor a la verdad aconsejar no tomar el sacramento, o incluso expresar un rechazo?

Recuerdo a un hermano en el decanato en Thüringen, quien en el marco de una conferencia dijo lo siguiente: “Un niño se había inscripto para la confirmación, pero no fue a ningún encuentro preparativo, como tampoco fue a ninguna misa dominical durante el tiempo de preparación. Un día antes de la confirmación apareció y quería saber, cuando era mañana la fiesta. Yo le expliqué, que para él no habría fiesta alguna, porque él no estaba preparado.
Sin comentario alguno se retiró el niño. Luego, a los 20 minutos, llegó la madre, muy ofuscada y rezongó conmigo: “¡Ud., no puede negar a mi hijo el cierre digno de su fe!” “‘¡Sí que lo puedo!’”

En la expresión de la madre, se divulga un malentendido, que yo quiero puntualizar de la siguiente manera: Si yo pago los impuestos a la iglesia, entonces tengo el derecho a servicios específicos para embellecer la vida. Un mal entendido, que en el medio de la iglesia popular no es caso aislado ni único. – Pero, ¿cómo debe reaccionarse ante esto como consejero?
Están los miedosos, que como conejos mirando la víbora, miran los números descendientes y entonces, de por sí, bajan las condiciones para el acceso a los sacramentos, de lo contrario "se nos irán definitivamente." O aquellos que se dejan presionar por los padres: "¡Tanta preparación! ¡Ya es una imposición!"

Una maestra de religión protestaba: "Padres de mis alumnos para la primera comunión se quejaron ante la oficina escolar de la diócesis, porque había motivado a mis alumnos a asistir regularmente a la misa dominical. Así los niños insistían a los padres a que vayan a la iglesia con ellos, mientras que los padres preferían quedarse a dormir más. Lo consideraban una intromisión en las esferas privadas de la familia. La oficina escolar ha dado razón a los padres y yo he recibido una amonestación." Luego están los otros, que entregan a los alumnos de la primera comunión un cuadernito, en el cual se registra la asistencia a las misas de cada domingo, como también la asistencia a los preparativos extraescolares para la primera comunión con un sello y firma. Pero si esto se ve sólo como un "tener que" superficial, entonces más bien recuerda a una doma y no a una educación.
Si sólo existiesen estos o aquellos, sería algo bien malo para la iglesia.

¿Cuál es el tema? Todo quien quiera aprender a jugar tenis, a tocar el piano o aprender una lengua extranjera, sabe que no es posible de la noche a la mañana. Debo dedicarme e invertir tiempo, para poder salir de la frustración del comienzo "mucho esfuerzo – pocos resultados", para ganar condición y destreza, y luego, con el tiempo, se dé lugar a la alegría y a la seguridad propia sobre el nuevo poder.
Esto también vale para amistad con Jesús. Teniendo en cuenta la deficitaria pre-experiencia de los niños, para quienes no es evidente, que se ore en sus familias y que se hable sobre Dios, tienen de las primeras horas, probablemente, un algo de ese esperar del cazador sobre el mangrullo a su presa, que no se puede ver todavía. Y paciencia es lo menos que tienen como ajuste básico hoy en día. Y así es un verdadero estirar de los pelos entre los niños y los jóvenes por un lado y los respectivos consejeros o coordinadores de grupos por el otro, trabajar para que todo el bagaje de imágenes basura, con el cual está taponado el alma, sea eliminado y así pueda dar lugar a un admirar y vivenciar también las pequeñas cosas.

El padre Kentenich (+1968), quien sobre el campo de la transmisión de fe ha observado y experimentado mucho, hablaba de "pre-experiencias" que son las condiciones para que una persona llegue a encontrar una fe vital.

Según sus observaciones hay pre-experiencias afectivas (veneración, timidez, sentido por lo puro), pre-experiencias ascéticas (limitantes, culpa) tanto como la experiencia de papá y mamá y encuentros con personas como “transparencias” de Dios.

Estas pre-experiencias sientan una especie de inclinación y capacidad, que con la razón iluminada con la luz de la fe pueden decir un “Sí de corazón” al Dios revelado.
En la anunciación y la transmisión de fe y en especial en los sacramentos pastorales deben ser tratados estos temas, para darse lugar a estas experiencias, es decir deben hacerse conscientes las experiencias existentes.
Un ejemplo: Para coordinadores en formación había organizado una semana de alpinismo en las serranías. Una tarde fuimos a una cima cercana y pernoctamos allí. A la mañana siguiente desperté a los varones silenciosamente, y nos fuimos en silencio unos 800 m hacia el este, a una cima más alta, para ver allí el amanecer. Tuve que llamar la atención a algunos para que aguanten el andar y en silencio. Luego llegó el sol.
Incluso años más tarde, a estos jóvenes le brillaban los ojos cuando contaban de esta experiencia. La belleza de la creación es para muchos un camino real al creador.

Un consejero, que entiende ser oferente en un mercado de pulgas, donde ya sólo los nostálgicos dan valor a su oferta, estará constantemente en la tentación de dejarse regatear el precio por parte de la clientela. Lo importante es vender.
Un consejero, quien sabe lo valioso que es una amistad intrínseca con Cristo, recordará la drástica advertencia de Jesús: *“No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos, no sea que las pisoteen, y se vuelvan y os despedacen.”* (Mateo 7,6) Y hará todo lo posible para que las personas no queden con las superficialidades, sino que lleguen hasta el núcleo. Puedo hablar desde mi propia experiencia, que es más fácil trabajar con gentiles de mente abierta que con bautizados, que creen saberlo ya todo, pero que no han llegado aún a lo esencial. Esta aburrida ausencia de expectativa es muy difícil de quebrar.

Quien con esta forma de pensar trabaja en la pastoral sacramental, debe contar con drástico descenso de los números de los que participan de la primera comunión y de los confirmantes. Pero el superar la “hipocresía estructurada” traerá con el correr de los años sus frutos. En el momento en que el trabajo de la iglesia con niños y jóvenes se entienda como espacio para la promoción de talentos en el campo religioso – sin que se pierda a los demás del ángulo visual, surge un clima social, en el cual el “valor agregado de la fe” se siente. Personas redimidas son personas con capacidad de relacionamiento. Y eso todos anhelan.

Padre Elmar Busse